

Sociedad civil, utopía y convergencia

Jorge Alonso*



En "Las rutas de la utopía. Sociedad civil y comunicación", Rossana Reguillo conjuga erudición con articulaciones, análisis originales y compromiso de transformación social. Su rico y condensado texto invita a varios abordajes. Jorge Alonso presenta aquí algunas anotaciones a algunos conceptos centrales que Reguillo usa de manera condensada en su ensayo.

La sociedad civil

La contraposición estricta de la sociedad civil es el Estado; pero no se debe olvidar que existe una relación indisoluble entre ambos términos. Soberano es quien gobierna; pero esto puede ser por representación. La soberanía ha sido reconocida en el pueblo a partir de la moderna aceptación de la igualdad de todos los hombres. En la sociedad civil hay individuos como sujetos de derechos; en ella podemos apreciar no sólo la conformación de grupos de toda índole, sino sobre todo la existencia de clases y sus contraposiciones. Los individuos, en una reglamentación de convivencia, han cedido el uso de la violencia legítima al Estado. Más allá de las aspiraciones simplistas de un neoliberalismo que desearía un Estado reducido a su mínima expresión de guardián de los intereses privados, la realidad nos ha colocado ante Estados cuya fortaleza se ha expresado más allá de la posesión de empresas. De hecho, el desmantelamiento de muchos derechos adquiridos por sectores de ciudadanos se ha basado en la fortaleza de estos Estados, que se fincan no sólo en consensos sino también en la fuerza. Esta concepción fundamenta el derecho que tienen los ciudadanos de darse el gobierno que deseen, de quitarlo, de cambiarlo. Su soberanía es tal que en ella fundamentan el derecho a la misma revolución. No otro es el sentido del artículo 39 de

la Constitución mexicana. Más allá de la cesión, y en la expresión de la representatividad, debe existir el contrapeso de los poderes para que el ejecutivo no caiga en posiciones totalitarias.

No podemos olvidar que la contraposición Estado-sociedad civil es cierta, pero no es tan rígida como a primera vista podría aparecer. En la sociedad civil existen muchos núcleos, fundados en el poder económico, que se encuentran entrelazados con los poderes estatales para sojuzgar a un amplio espectro de la sociedad civil a la que le han ido arrebatando espacios de expresión económica, social y cultural. La contraposición entre el poder y los desposeídos no se cruza en los linderos que separarían al Estado de la sociedad civil. Existe un peligro de que los reclamos ciudadanos quieran ser usurpados por grupos civiles poderosos que se abrogan la representación de toda la sociedad.

Si bien no se debe mitificar a la sociedad civil, tampoco se puede eludir el acuerpar la mayor parte de sus reclamos en el sentido de que las mayorías avancen en el ejercicio de sus derechos. La dignidad ciudadana debe apelar a las consignas de la Revolución francesa: igualdad, libertad y, sobre todo, fraternidad. Si el Estado ha sido hábil para arrebatarse banderas a las mayorías de la sociedad civil, para evitar que las profundas demandas de éstas se conviertan en realidad, una lucha imprescindible será rescatar esas banderas y darles nuevos significados que las distingan de las mitificaciones confundidoras y deslavadas que de ellas ha hecho el poder. Una tarea pendiente de las mayorías depauperadas y sojuzgadas de México es

* Investigador del CIESAS-Occidente.

rescatar la concepción de solidaridad del monopolio que de ella ha hecho el Estado.

Alternativa y utopía

El neoliberalismo, ahora en reflujo, quiso erigirse como la única opción posible apelando a que no había un diseño alternativo viable. No obstante, las lacras de la producción de una gran miseria creciente entre los más y de una lacerante concentración del ingreso entre los menos, ha mostrado precisamente la inviabilidad del modelo neoliberal. Ciertamente faltan formulaciones que con coherencia propongan caminos de convivencia alternativa. En América Latina se están produciendo análisis y avances al respecto, pero este diseño sigue siendo un reto.

Se ha querido minimizar este esfuerzo calificándolo de utópico. De una manera muy general se dice que algo es utópico cuando más allá de su deseabilidad se considera irrealizable. Desde este punto de vista también se han configurado tendencias que han rechazado las utopías sociales desde posturas defensoras del orden establecido y enemigas de las críticas sociales que dichas utopías conllevan, ya desde aspiraciones de transformación, por achacarles que las utopías no expresan las mediaciones sociales fundadas para encarar precisamente el cambio social. Sin embargo, frente a la imposición y crecimiento del fascismo en la cuarta década del siglo XX, se constituyó un sólido pensamiento filosófico, representado por E. Bloch, que se distanció de la manera de concebir la utopía como lo había hecho la literatura clásica.

Queda el aspecto de lo irrealizable, pero en las actuales condiciones. Dichas condiciones, al ser cambiadas, convierten lo que era irrealizable en factible. Las tareas, entonces, se concentran en la modificación de lo que impide la realización de un cometido social. La alternativa de una sociedad consensual, con tendencias a erradicar la injusticia y la falta de participación, sería una utopía al estilo blochiano.

La convergencia

Una de las propuestas para poder incidir en ese cambio de condiciones es la convergencia.

Algunos científicos sociales han tratado el comportamiento colectivo de la convergencia tocando sólo algunos fenómenos, como la convergencia física que configura una multitud, o la constitución de una masa a través de muchas acciones individuales que coinciden solamente en su orientación

hacia el mismo objeto. En esta forma se destaca de la convergencia el que sea un producto accidental de acciones independientes (individuales o grupales) cuya simultaneidad las hace converger. A lo sumo se llega a fenómenos imitativos como las modas, pero no se consideran respuestas que impliquen cierto tipo de cooperación.

La convergencia no puede reducirse a formas que escapan a tensiones o ansiedades, ni sólo a una pura búsqueda de intereses desorganizados. Deviene en un complejo proceso de aglutinamiento de diferentes componentes, el cual, conforme crece, es capaz de atraer a nuevas unidades. Hay convergencias espontáneas y pactadas; existen convergencias efímeras y las hay más duraderas; unas son puntuales, otras son más complejas. Siempre las convergencias se van haciendo a través de una actuación que requiere cierto grado de organización. Hay convergencias amplias y plurales como expresiones orgánicas del quehacer en sociedades complejas. Estas pueden prosperar si logran articular bajo una orientación común múltiples intereses. La persecución de ciertos objetivos que se hacen comunes requiere cooperación consciente.

La convergencia, pese a situaciones de espontaneidad, no es algo que surja naturalmente. Hacer coincidir a actores autónomos implica una construcción social. Hay una articulación e integración de comportamientos diversos con una estructuración más o menos formalizada que, sin excluir la pasión política, no deja de manifestar determinada racionalidad. La convergencia constituye una especial acción colectiva. Se entrelazan fines, estímulos y campos de acción según condiciones estructurales y coyunturales. Las convergencias fraguan un tipo de integración producto de negociaciones entre los participantes. Se logra una confluencia donde la búsqueda de intereses específicos grupales no atente en contra del objetivo mayor conglutinante. Así se da una cooperación que salvaguarda las autonomías concurrentes. La convergencia no está dada por ningún determinismo, y es capaz de subsistir en cuanto los participantes garanticen la obtención de los propósitos que se hubieren propuesto, mientras la convergencia se vea como un nexo necesario entre el problema y su solución.

Sin embargo, esto no es tan lineal. La incertidumbre de los resultados no elimina necesariamente la convergencia que puede considerarse como una apuesta en sí. Las convergencias son procesos creados colectivamente que producen un aprendizaje específico también colectivo. Como toda construcción social, son heterogéneas y suscep-

tibles de cambiar y desaparecer. La acción que en ellas se genera está tensionada por varios polos, y debe dar repuesta a muchos demandantes. Atienden tanto a las necesidades que se van creando socialmente como a las necesidades extremas, ya sean individuales o grupales.

En las convergencias no se genera un sujeto totalmente unificado, y la acción producida es multidimensional. En ellas se logra una cohesión menor que la que ostentan los agrupamientos que convergen. No se mueven sólo por intereses bien definidos. Las convergencias tienen que ver con sentimientos de pertenencia, con identidades mayores, con representaciones simbólicas y, no pocas veces, con metas poco perceptibles en un primer acercamiento. Sin embargo, no pueden fraguarse sin algún programa, y las más de las veces la coincidencia se da a través del contacto entre proyectos parciales que al articularse suben de nivel. Cada uno de los convergentes puede perseguir una reforma puntual, pero al coincidir en la acción constituyen un movimiento mayor que trasciende los objetivos concretos anteriormente dispersos.

Las convergencias forman un nuevo sujeto social. No son una simple suma de organismos o aparatos; son síntesis política. Crean una nueva identidad. Logran un nosotros, no con gran conexión interpersonal, de relación directa, pero que queda lejano a lo meramente formal. Son una combinación de planos micro y macro anudados, pero no confundidos. Las identidades confluyentes no se destruyen. Se mantiene una exigente demanda de respeto por las autonomías. Estrategias autónomas y estrategias convergentes coexisten. Las convergencias no destruyen ni debilitan por sí mismas a quienes participan en ellas. Se fraguan a través de negociaciones, mediaciones y consensos. Estos no son simplemente la suma de diversas visiones sino el acceder a un nuevo punto de vista conseguido entre los participantes.

Necesitan una continua gestación. No se alcanzan de una vez para siempre. Requieren tiempo para constituirse. El resultado de estos consensos es una determinada adherencia, la aparición de una voluntad colectiva en medio de una multiplicidad de intereses, pero no una homogenización. Sin perder la especificidad, cada agrupamiento contribuye a la adopción de una línea común de acción; lo que no elimina diferencias en cuanto a otros puntos donde no existe consenso. La adopción de decisiones comunes incluye reglas de articulación. Un condicionamiento previo para que fructifiquen convergencias son las redes sociales previas. A su vez, las convergencias propician el

establecimiento de nuevas redes sociales. Producen un sujeto eminentemente plural.

En la interacción se va generando una cultura de la convergencia. Las convergencias tienen fases. Hay coyunturas de expresión y otras de soterramiento de las dinámicas convergentes. Las convergencias se van construyendo desde posiciones latentes, poco visibles en determinados periodos. Existen épocas de formación, de cristalización y de desintegración. Hay diferentes calidades de convergencias, y en éstas, diversos tipos en los cuales es posible distinguir también distintos grados. Se da además una variedad de combinaciones de tipos y niveles de convergencias.

No pueden prescindir de la conflictividad social. No son construcciones fáciles. Las unidades sociales experimentan fuerzas centrífugas: no sólo se generan indiferencias, sino también aislamientos, animadversiones y repulsiones sociales. Se instalan celos, envidias, contradicciones internas, competencias entre cercanos. Opera el narcisismo de las pequeñas diferencias. La historia parece mostrar que los hombres son más dados a pelear entre sí que a coaligarse. Los integristas de cualquier signo incapacitan para las convergencias. Los nacionalismos a ultranza, aunque en sí implican ya determinado grado de convergencia, también imposibilitan para convergencias mayores. Hay convergencias excluyentes, que como en todo proceso evolutivo, al especializarse y cerrarse en sí mismas, se incapacitan para poder avanzar. La convergencia es una construcción social preñada de conflictos. No sólo coexisten muchas racionalidades, sino diferentes, y aún divergentes en no pocos puntos. Cada participante en la convergencia la ve desde su particular interés. La convergencia mitiga algunos conflictos internos, pero no excluye todos, y menos aún los inherentes a la sociedad.

La pluralidad, condición de las convergencias, puede problematizarlas. La heterogeneidad, la desarticulación, dificulta la construcción de un colectivo. Las discusiones son indispensables para lograr los consensos, pero también pueden ser foco de nuevas enemistades. Hay quienes opinan que es difícil superar el carácter fragmentario de muchos de los nuevos movimientos sociales. No obstante, no es imposible. A mayor identidad en un conjunto de agrupamientos, es factible que se subrayen más confrontaciones con los diversos. Existe además el peligro de que una convergencia alcanzada intente socavar la pluralidad, o que agrupaciones mayores intenten supeditar a las de fuerza menor. Lo diverso puede dinamizar, pero también paralizar. Constituir un nosotros implica necesariamente un otros.

Lo que identifica también separa. Hablar de coincidencias conlleva establecer las diferencias. Las similitudes obligan a percibir las desemejanzas. Unos acercamientos conducen a otros alejamientos, incluso a enfrentamientos. Cada fuerza convergente puede analizar de manera diversa determinada situación y proponer acciones divergentes. Pueden suscitarse también entrampamientos en las diferentes formas de lucha que no consigan conjugarse. Nuevas convergencias se ven ante el peligro de nuevos desprendimientos entre anteriores convergentes, de cuestionamientos críticos de antiguos participantes que se oponen a las nuevas formaciones. La convergencia está constantemente tensiionada entre la pluralidad de convergentes y la construcción de una voluntad colectiva, en medio de una multiplicidad de intereses. Si algunos problemas se resuelven y otros se mitigan, las convergencias generan otra clase de conflictos internos y externos. Pese a los obstáculos, las convergencias pueden sobrevivir, y aún acrecentarse, si logran responder adecuadamente tanto a las diferentes manifestaciones de enfrentamientos externos, como a las dinámicas internas desintegradoras.

Hoy, más que nunca, un solo grupo es incapaz de resolver el conjunto de la problemática social. Ningún grupo o estrato social puede erigirse como el portador de la solución básica de una sociedad determinada. Los nuevos y viejos movimientos no se disuelven cuando convergen; se mantienen como tales en un dinamismo de nivel superior. La multiplicidad por sí misma no garantiza el cambio. Esa pluralidad tiene que hallar las vías de encuentros para maximizar experiencias y para captar la raíz englobadora de la sujeción y opresión social, con el fin de poderla enfrentar eficazmente. La convergencia es ese aglutinamiento de utopías parciales que pueden dar lugar a utopías más generales de corte blochiano; es decir, realizables.

La convergencia popular contiene potencialidades para hacer un profundo diagnóstico crítico de la realidad que se vive y para diseñar proyectos alternativos jalados por la utopía, convencida de que no sólo es posible aquello para lo que hay medios actuales, sino de que los medios necesarios para empujar al proyecto pueden ser creados colectivamente.

Si bien las convergencias no son factibles sin proyecto, ni determinismos ni voluntarismos aseguran que ese proyecto sea realizado. Las convergencias pueden desarticularse; incluso metas importantes alcanzadas son susceptibles de ser revertidas. El futuro libertario y democrático no está asegurado; pero tampoco cancelado. Las conver-

gencias por sí solas no garantizan el triunfo; pero sin ellas no hay victoria popular posible.

El mismo hecho de que se fragüen convergencias populares simboliza un reto para los explotadores y opresores. Significa también una experiencia por parte de los sectores populares convergentes de potencialidad, de alternativa, de salidas a una sujeción y dominación que se pretende presentar como natural y no cambiante. Los fracasos no tienen por qué cerrar las búsquedas libertarias propias, en las que la democratización resulta básica. Que en Latinoamérica -pese a repetidos tropiezos y retrocesos de anhelos democratizadores- no pocos agrupamientos populares de todo tipo sigan insistiendo en búsquedas convergentes de la democracia, indica que estas convergencias resultan una pista confiable para proponer un futuro posible.

La dispersión opositora sólo beneficiará a quienes han mostrado resistencia al tránsito democrático. El espíritu partidista de cuerpo a lo sumo garantizará la consecución de unas cuantas trincheras, pero la batalla decisiva por la democracia se dejaría para un tiempo lejano, cuando ésta es muy urgente. Sin embargo, hay tendencias entre movimientos civiles y políticos que propugnan la discusión de la conveniencia de un frente pluripartidista para enfrentar acciones como los procesos electorales clave. El proceso de endurecimiento creciente del régimen (sobre todo ante los reclamos democráticos) así lo aconsejan. Hasta ahora es claro que esta opción no será dinamizada desde las cúpulas partidarias, sino que tendrá que partir del empuje de sectores enraizados en las bases.

Las convergencias populares de más alto nivel tienen siempre ante sí el compromiso de construir una sociedad diversa, de participación consensual, eminentemente democrática. Sólo una amplia convergencia será capaz de delinear y llevar adelante una alternativa de esta naturaleza. Pero previamente se tienen que alcanzar convergencias más puntuales. Entre ellas se encuentran las que pretenden conseguir espacios para transitar hacia la democracia. En México se entra ahora en una situación donde la búsqueda de las convergencias democratizadoras resulta vital. Por sí sola, la democracia no resolverá los problemas fundamentales de la brecha social que cada día se abre más y engendra futuras convulsiones sociales. Pero sin democracia no será posible encarar comprometidamente una sociedad más fraternal y auténticamente solidaria. ♦